



cinco millones doscientos ochenta y tres mil doscientos veinte hombres (1).

Jerjes tenía en este ejército, además de los griegos del Asia, á Demarato, rey fugitivo de Esparta, á los descendientes de Pisistrato, fugitivos de Atenas, á los macedonios con su rey Alejandro, cuyos estados había aumentado considerablemente, á los tesalios que le habían enviado embajadores hasta Susa, para determinarle á emprender esta expedición, á todos los griegos, en fin, que se encontraban en su imperio ó en su camino. Daniel había dicho que el cuarto rey de Persia excedería á todos los demás en riquezas, y que sublevaría todo el mundo contra el reino de Javan ó contra la Grecia (2).

Pero la magnitud y la inminencia del peligro había reunido á los atenienses y á los lacedemonios. Leónidas, rey de Esparta, ocupaba el desfiladero de las Termópilas con trescientos espartanos y otros seis mil griegos. Este desfiladero, que era necesario atravesar para llegar á la Grecia propiamente dicha, de sesenta pasos en su mayor parte de anchura, apenas podía pasar por algunos sitios un carruaje; Leónidas le había también fortificado con sólidos atrincheramientos. Por tres veces los persas atacaron á los griegos, para forzar el paso, y por tres veces también los griegos rechazaron á los persas, causándoles muchas pérdidas. Jerjes no sabía qué resolución tomar, cuando un hombre del país le indicó un sendero por encima de la montaña. Leónidas avisado por tráfugas, que iba á ser cercado, reconoció que le era imposible resistir más tiempo; volvió á enviar los seis mil griegos, se reservó los trescientos espartanos, les hizo comer por última vez, diciéndoles que cenarían con Pluton. Cuando llegó la noche se arrojaron de improviso en el campamento de los persas, según Diodoro de Sicilia (3), esparcen en él el tumulto y el espanto, penetran hasta la tienda de Jerjes que había salido de ella, y no sucumben hasta que fué de día y por el gran número. Herodoto, que escribía más de cuatro siglos antes que Diodoro y poco después del suceso, les hace pelear y morir en el desfiladero (4). Las victorias de los griegos se embellecen casi siempre con el tiempo.

Los persas que en estos últimos combates habían perdido cerca de veinte mil hombres, avanzan sin obstáculo por la Grecia y el Atica. Los tebanos y toda la Beocia se habían declarado por ellos. Atenas, abandonada por sus habitantes, fué entregada á las llamas en castigo del incendio de Sardes. Este era el objeto principal de la expedición. Los que no querían someterse, unos se ocultaban en las montañas y las grutas, la mayor parte se habían refugiado en el Peloponeso, en donde fortificaban apresuradamente el istmo de Corinto, como su último baluarte.

En el Peloponeso mismo, muchas ciudades

(1) Lib., 7, cap. CLXXXIV.

(2) Dan., 11, 2.

(3) Inst., 11, cap. X.

(4) Herod., lib. 7, c. CCXXIII y CCXXIV.

se declaraban por los persas. Un recurso quedaba todavía al resto de los griegos: este suceso era su flota, reunida cerca de la isla de Salamina; pero á la vista de Atenas entregada á las llamas, cada uno de los diversos jefes de la flota temía la misma suerte para su ciudad, para su patria. Algunos se habían ya retirado con sus naves, los demás hablaban de hacer otro tanto, y lo hubieran hecho ciertamente, si Jerjes hubiera marchado derecho al Peloponeso, y toda la Grecia hubiera sido una provincia persa. El ateniense Temístocles fué el salvador de ella. Mandando las naves atenienses en número de ciento ochenta, dijo á los demás comandantes, principalmente al de Esparta, que mandaba en jefe, que si él se separaba no había ninguna esperanza de vencer. Al mismo tiempo hizo avisar secretamente á Jerjes, que los griegos, llenos de terror, habían resuelto huir, y que para acabar de someterles de una vez no había mejor medio que atacarles en seguida. Al día siguiente por la mañana, 20 de Octubre del 480, los comandantes griegos supieron que estaban cercados completamente. Era inevitable el combate. Jerjes quiso presenciarle desde lo alto de un monte, en la costa. Sus naves eran en número de dos mil; pero como el sitio era estrecho, su mismo excesivo número embarazó sus movimientos.

Los griegos, que no tenían más que trescientas ochenta naves, y que por esto mismo podían maniobrar con más libertad, les echaron á pique doscientas y les aprendieron un gran número de ellas. Consternado por este desgraciado encuentro, Jerjes dejó en la Grecia á su cuñado Mardonio con trescientos mil hombres de escogidas tropas, en las cuales, cincuenta mil eran griegos, y con el resto se volvió al Asia. Al año siguiente, Mardonio, después de haber saqueado nuevamente á Atenas, fué derrotado y muerto en la batalla de Platea, que ganaron sobre él el lacedemonio Pausanias y el ateniense Aristides (1). En el mismo día la flota reunida de Atenas y de Esparta derrotó la de los persas en Micala, en las costas del Asia Menor.

Temístocles, después de haber salvado y reconstruido á Atenas, fué desterrado de ella y encontró un generoso asilo en el palacio de Jerjes, de cuyos reveses había sido causa. Pausanias tuvo una suerte todavía más deplorable. Convicto más tarde de querer entregar la Grecia al Jerjes mismo, cuyos ejércitos había derrotado, fué condenado á morir de hambre. Atenas y Esparta se encontraban en el apogeo de su gloria y de su poder. Atenas, sobre todo, disfrutaba de la mayor prosperidad. Dos atenienses, Cimon, hijo de Milciades, y el justo Aristides, le conquistaban muchas ciudades en la Macedonia, toda la península de Tracia, la isla de Tasos, entre otras, en la cual había minas de oro; sublevaron contra Artajerjes Longimano todos los griegos del Asia Menor, derrotan sus tropas por mar y por tierra, le toman en pocos días unas veces descientas, otras ochenta naves, después de haber destruido las

(1) Plut., Aristid.



demás, y le obligan, en fin, á firmar un tratado que declara libres á los griegos de Jonia y fija los límites hasta donde las naves del rey pueden avanzar en el Mediterráneo. Triunfando así de los persas, triunfan también de los lacedemonios por otro concepto. Estos habían tenido hasta entonces el mando en jefe de los griegos reunidos; su general Euribiades había mandado en Salamina, y no el ateniense Temístocles; su general Pausanias, en Platea, y no el ateniense Aristides. Pero en las expediciones marítimas sobre las costas de Asia, que tuvieron por consecuencia estas victorias, el mismo Pausanias, así como sus espartanos, trataron con mucha altanería á los demás confederados griegos. Aristides, por el contrario, y Cimon, unían la generosidad y las buenas formas al valor y al éxito. La mayor parte de los aliados se retiraron del mando de los espartanos y se pusieron bajo el de los atenienses. De hecho, jamás Atenas tuvo á la vez dos hombres más capaces de merecer este honor. Orador elocuente, hábil general, Aristides, después de haber tenido una de las más principales partes en la victorias de Salamina y de Platea, así como en las que se sucedieron después de haber sido elegido por todas las ciudades griegas para determinar el sólo lo que cada una de ellas debía contribuir para la guerra de los persas, Aristides vivió y murió pobre. El ostracismo á que había sido condenado, no tenía en sí nada de deshonroso. Era un destierro de diez años, á que el celoso pueblo de Atenas condenaba á algunos de los más influyentes ciudadanos, no porque siempre se les acusase de algún crimen, sino porque temía que su crédito y su poder les hiciese nacer el deseo, como en otro tiempo, á Pisistrato, de usurpar la autoridad soberana. Cimon, después de una juventud borrascosa, había sido llamado á buen camino por Aristides, que había visto en él una natural generosidad. Adquirió inmensas riquezas en sus expediciones, pero envió la mayor parte de ellas á Atenas para reconstruir la ciudad, y el resto lo empleó en no menos buenas obras. Aunque militaba en el partido de la nobleza, su casa y sus jardines estaban abiertos á todo el pueblo; todos los pobres encontraban allí alimento y vestido.

Mientras que estos dos hombres, por una gloria tan pura, hacían á Atenas la más poderosa ciudad de la Grecia, un tercero la hacía la más bella y la más brillante. Este era Pericles. Descendiente de una de las más ilustres familias, dotado de las más raras cualidades que secundaron los más hábiles maestros, iniciado en la filosofía por Anaxágoras, en la dialéctica por Zenon de Elea, valiente, circunspecto, espléndido, elocuente como la elocuencia misma, gobernó á Atenas durante cuarenta años solamente por la persuasión. Cimon se había hecho el jefe de la nobleza; Pericles se hizo el jefe del pueblo, aumentó su poder, y sobre todo, las fiestas y los placeres. En el exterior, una parte de la población formaba una poderosa y terrible marina, realizaba la gloria de Atenas, fundaba colonias en el Quersoneso, en la Tracia, en muchas islas y hasta en Italia. En el interior, la otra parte de la pobla-

ción estaba ocupada en embellecer la ciudad. Importantes obras de arquitectura, de escultura, de pintura se levantaban por todas partes con una prontitud casi semejante al encanto. Fidias dirigía todos los trabajos; Polignoto, Parrasio y Zeuxis eran los pintores. Con las principales obras del arte, veíanse nacer las mejores obras de un orden más elevado. Esquilo, Sófocles, Eurípides, componían sus tragedias; Sócrates enseñaba el buen sentido á la juventud; Platon escribía sus *Diálogos*; Jenofonte su *Vida de Ciro*; Tucídides se preparaba á escribir las guerras del Peloponeso. En una palabra, muy por encima de la preeminencia política que le iba á ser arrebatada, Atenas conquistaba una preeminencia literaria, que las revoluciones de los siglos no han hecho más que confirmarla.

Tanto poder y brillo despertó la envidia y los celos de Esparta. Los atenienses, por otra parte, abusaban de su preponderancia para con sus aliados.

En otro tiempo, cuando Aristides dijo de un proyecto de Temístocles: «Nada será más útil, pero nada será más injusto,» el pueblo exclamó que no era necesario pensar en él. Más tarde, habiendo dicho el mismo Aristides, con motivo de un proyecto análogo: «No es justo, pero es útil,» el mismo pueblo exclamó que se pusiese en ejecución. En uno y otro caso, se trataba de abusar de la confianza de los aliados: la ambición crecía con el éxito. Orgulloso por sus colonias y por su numerosa marina, el pueblo de Atenas, á pesar de la guerra que acababa de declararle Esparta, hablaba de hacer la conquista del Egipto, de Cartago, de Sicilia y aun de Italia. Pericles mientras vivió, contuvo esta ambición por su prudencia; pero dejaba un sobrino, Alcibiades. Este fué el ídolo de Atenas hecho hombre maduro. Bello, espiritual, seductor, franco, espléndido, conmovido hasta derramar lágrimas por las severas lecciones de Sócrates, sumergiéndose después con furor en los deleites, excediendo sucesivamente cuando quería, á los atenienses en urbanidad, á los espartanos en austeridad y rudeza, á los tracios en la embriaguez, á los tesalios en la equitación, á los jonios en molición, á los sátrapas en magnificencia, Alcibiades soñaba con la conquista del mundo. Con más ligereza y menos madurez en sus planes, hubiera podido acometerle y ejecutarle.

Enviado á Sicilia con otros dos generales, apenas había desembarcado tomó la ciudad de Catania y dispuso todo para el éxito de la expedición, cuando fué llamado, acusado de impiedad por haber ridiculizado en otro tiempo con sus camaradas los misterios de Ceres en un banquete. Condenado á muerte, huyó á Esparta diciendo: Yo les haré ver perfectamente que estoy vivo. Bajo su inspiración, las armas lacedemonias, hasta entonces sin mucho éxito, triunfan á la vez en Sicilia y en el Peloponeso. El rey Agis y los demás generales de Esparta tienen envidia de su gloria. Para escapar de sus emboscadas se refugia cerca de Tisafernes, sátrapa persa del Asia Menor, cuya voluntad se capta y le disuade de hacer á los lacedemonios más poderosos. Llamado á su patria por un de-





creto público, no volvió á ella sino despues de haber derrotado á los lacedemonios en muchos encuentros y haberles obligado á pedir la paz. Depuesto segunda vez del mando porque uno de sus lugartenientes se habia dejado derrotar por haber peleado contra sus órdenes, se retiró á Tracia. Bien pronto los atenienses tuvieron motivos para sentir su ausencia. Experimentando continuos desastres, y viendo, por último, al enemigo á las puertas de su ciudad, se vieron en la dura necesidad de rendirse, derribar una parte de sus murallas, entregar todos sus buques de guerra, á excepcion de doce, y finalmente, someterse al gobierno de los treinta tiranos. Es verdad que lo arrojaron en el mismo año, pero sus negocios dificilmente podian restablecerse. Tenian puesta toda su confianza en Alcibiades y no se engañaban, porque él tambien pensaba en ellos. Lo que habia hecho dueños á los lacedemonios de Atenas y de Grecia eran los auxilios de Ciro el Joven, gobernador del Asia Menor y hermano de Artajerjes Mnemon, á quien intentaba destronar con el auxilio de los griegos, reunidos bajo la direccion de Esparta. Alcibiades penetró sus designios; ya estaba para ir á buscar al rey y manifestarle el peligro que le amenazaba disponiéndole en favor de Atenas, cuando fué asesinado por orden del sátrapa persa, á petición del general lacedemonio Lisandro.

Ciro marchó contra su hermano con cien mil bárbaros y trece mil griegos, que á excepcion del jefe que les mandaba, ignoraban el objeto de la expedicion. La batalla se dió cerca de Babilonia; los griegos alcanzaron la victoria; pero Ciro fué muerto despues de haber herido él mismo á su hermano. No obstante los obstáculos sin número con que lucharon y á pesar de los ardidés y ataques del general persa, los griegos se retiraron en buen orden á traves de un país enemigo de seiscientas leguas de extension, y entraron en Grecia en número de diez mil. El ateniense Jenofonte, que dirigió últimamente esta retirada, escribió tambien su historia. Este prodigio de valor y de disciplina de los griegos inspiró á los lacedemonios la resolucion de ir ellos mismos á atacar en el Asia al gran rey sobre su trono, todavia poco seguro. Sus ejércitos consiguieron al principio grandes victorias bajo la direccion de Agesilao; pero Artajerjes envió emisarios con sumas considerables á las ciudades de Beocia y á Atenas, las cuales enviaron inmediatamente un ejército de tierra al Peloponeso contra Esparta, en tanto que el sátrapa Farnabazo y el ateniense Conon le hacian sufrir grandes pérdidas en el mar. De una y otra parte llegaban al rey de Persia diputados pidiendo la paz. El rey persa la propuso por medio de un sátrapa en estos términos: «El rey Artajerjes cree que le pertenecen de derecho las ciudades del Asia, igualmente que las islas de Clezomene y de Chipre; las demás ciudades griegas, lo mismo las pequeñas que las grandes, se gobernarían por sí mismas, á excepcion de Lemnos, Imbros y Esciros, que dependerían de Atenas como anteriormente. Los que no accedieran á estas condiciones de paz, Artajerjes, en union con los que las hubieren aceptado, les hará la

guerra por mar y tierra (1).» Despues de haber oido este plan de pacificacion, todas las ciudades consintieron en él, y mediante la intervencion del rey de Persia, desaparecieron las guerras intestinas que venian sosteniendo por espacio de más de cuarenta años, y disfrutaron de una larga paz. Era ya esto un gran paso para reconocerle muy en breve por soberano. Los griegos le llamaban ya el gran rey, ó simplemente rey. El poder de Esparta, bastante disminuido por este tiempo, se debilitó todavia más por una injusticia.

Contra la fe del tratado, se apoderaron por traicion de la ciudad de Tebas, y establecieron en ella un gobierno tiránico. Pero con los auxilios de los atenienses y de las demás ciudades limítrofes, dos ilustres tebanos, Pelópidas y Epaminondas, devolvieron la libertad á su patria, derrotaron dos veces á los lacedemonios, y llevaron la guerra y el espanto hasta la misma Lacedemonia. En este estado de cosas, sólo necesitaba el rey de Persia un valor, una generosidad y una prudencia ordinarias para hacerse del modo más natural soberano de la Grecia. Darío Codomano daba á conocer sus eminentes cualidades. En una guerra con los cadusios, en el reinado de Artajerjes Mnemon, un soldado enemigo, de talla y fuerza extraordinarias, provocó á los persas á singular combate. Darío solamente se atrevió á luchar con el gigante, y le mató (2). Proclamado desde entonces el más valiente de los persas, fué nombrado sátrapa de la Armenia, que gobernó con acierto, y por último ocupó el trono. El eunuco Bagoas quiso deshacerse de él, como se habia deshecho de su antecesor, y le dió á beber un veneno; pero Darío, que desconfiaba de él, se le hizo beber. Todo esto le hacia ser más querido de los persas; los griegos mismos, lejos de odiarle, le sirvieron á sueldo (3) más de cincuenta mil, entre ellos un general muy distinguido, Memnon el Rodio.

Pero al norte de la Grecia, en un país cubierto de montañas, semi-griego y semi-bárbaro, tributario unas veces de los persas y otras de los ilirios, en la Macedonia, apareció un rey que, parte por astucia, parte por la fuerza, no solamente se habia hecho independiente, sino que conquistó los países vecinos, se hizo árbitro de la Grecia, y consiguió que le nombraran generalísimo de los griegos contra los persas. Projectaba conquistar la monarquía universal en el reinado del último sucesor de Ciro. Terminados estaban todos los preparativos, y ya una parte de su ejército habia pasado al Asia, cuando fué asesinado por un joven, cuyo honor, ultrajado por uno de sus cortesanos, habia rehusado vengar Filipo.

Pero Filipo dejaba un hijo, Alejandro. Nacido el año 355, tenia veinte años á la muerte de su padre. De estatura mediana, pero robusto, infatigable al trabajo y educado bajo la direccion de los más hábiles maestros en

(1) Jenof., Hellenic., 1, 5, c. 1.

(2) Diod., lib. 17, c. VI.

(3) Veinte mil en Gránico, treinta mil en Isso, sin contar los de la guarnicion.



todos los ejercicios corporales, de un genio ávido y penetrante, ardiente y reflexivo, iniciado por Aristóteles en todos los conocimientos humanos, principalmente en la ciencia de reinar, Alejandro estaba dominado por una pasión, la de la gloria. Siendo todavia niño, á cada nueva que recibia de haber tomado su padre una ciudad ó conseguido una victoria, decia á sus jóvenes camaradas: «Todo me lo arrebató; no me dejaré que hacer nada que merezca la pena!» Diez y seis años tenia nada más cuando su padre, marchando á sitiar á Bizancio, le confió el gobierno de todo el reino. Desde entonces se mostró digno. Los Medaros, pueblo que acababa de ser sometido, se habian sublevado; Alejandro les subyugó de nuevo, tomó por asalto su ciudad, arrojó de ella á los bárbaros, la pobló con otros habitantes, y la llamó Alejandrópolis. Yendo á unirse con su padre, le salvó la vida en una batalla. Cuando ocupó el trono, los pueblos vecinos, considerándole un joven sin experiencia, se sublevaron todos á la vez; pero Alejandro los redujo á su obediencia con una prontitud increíble, aun aquellos que vivian de la otra parte del Danubio. Su corta edad y la falsa nueva de su muerte habian hecho tomar las armas igualmente á muchas ciudades de la Grecia, muy en particular á los tebanos. Pero apenas llega á su noticia que se habia puesto en marcha, cuando le vieron con todo su ejército acampado al pié de sus murallas. Con el fin de que se le sometieran, les concedió una tregua de algunos dias, pero despues tomó la ciudad por asalto, y á petición de los griegos aliados la destruyó hasta en sus cimientos, excepto la casa de Pindaro; vendió como esclavos á treinta mil de sus habitantes, despues de haber dado muerte á seis mil en asalto. Jamás los persas afligieron á ninguna ciudad griega con un tratamiento igual. La Grecia, sobreecogida de terror, le nombró su generalísimo contra los persas.

Darío Codomano habia subido al trono de Persia el mismo año que Alejandro, el 335 antes de Jesucristo. El profeta Daniel habia descrito sus guerras más de dos siglos antes, cuando todavia los persas no habian usurpado á los asirios el imperio universal.

«El tercer año del reinado del rey Baltasar me apareció una vision, hallándome en el castillo de Susa, que está en la region de Elán; vi, pues, en vision que yo estaba sobre la puerta de Ulai. Y alcé mis ojos, y miré; y hé aquí, estaba delante de una laguna un carnero que tenia unas astas altas, y la una más que la otra, y que iba creciendo. Despues vi el carnero que corneaba hácia el Poniente, y hácia el Aquilon, y hácia el Mediodía, y ninguna bestia podia defenderse de él, ni librarse de su poder, é hizo segun su voluntad, y se engrandeció (1).»

Segun la interpretacion dada por Daniel mismo, el carnero representa los reyes ó los reinos de Media y Persia unidos; las dos astas son los dos pueblos que formaron un solo imperio desde Ciro hasta Darío; el asta que levan-

ta más que la otra y que ha crecido la última representa á los persas, sometidos en un principio á los medos y despues sus dominadores, pero sin formar unos y otros más que un sólo imperio. Hasta los últimos tiempos los griegos llamaron medistas á los que de entre ellos se declaraban partidarios de los persas. Este carnero con dos astas, este imperio formado por dos naciones dió cornadas al Egipto y á la India por el Mediodía, á los escitas por el Aquilon y á la Grecia por el Occidente. Y á pesar de tan esclarecidas victorias, la Grecia misma no podia defenderse de su poder, y dependia de él en tiempo de guerra y en tiempo de paz.

«Y mientras yo estaba considerándolo, hé aquí que venia un macho de cabrío de la parte de Occidente sobre la haz de toda la tierra, y no tocaba la tierra; y el macho de cabrío tenia un asta notable entre sus ojos. Y llegó hasta aquel carnero armado de astas, que habia visto estar delante de la puerta, y corrió para él con todo el impetu de su fuerza. Y cuando llegó cerca del carnero, se enfureció contra el carnero, é hirió al carnero, y quebróle ambas astas, y no le podia resistir el carnero; y cuando le hubo echado en tierra, le holló y no podia ninguno librar al carnero de su poder (1).»

«El macho de cabrío es el rey de los griegos, y la asta grande que tenia entre sus ojos es el primer rey (2).»

El Dios de los ejércitos habia trazado de esta manera el plan de campaña dos siglos antes; Alejandro le lleva á cabo del mismo modo que el soldado cumple su consigna. Este es el animal vigoroso y retozon, de atrevidos saltos, de ligera marcha, que avanza por medio de rápidas é impetuosas acometidas, y no se detiene ante los obstáculos que le oponen las montañas y los precipicios; su cuerno está entre los dos ojos, su fuerza es cien veces mayor por la mirada penetrante del genio. Parte del Helesponto, llega al Gránico, atraviesa el rio á vista del ejército enemigo, le derrota, mata por su propia mano al yerno de Darío, penetra en Sardes y en Efeso, se someten á su poder Magnesia y Traces, toma á viva fuerza á Mileto y Halicarnaso, y realiza la conquista de la Licia, la Jonia, Caria, Panfilia y Capadocia, en ménos tiempo que otro cualquiera habria tardado en recorrer estos países.

Pronto, sin embargo, va á verse detenido en su marcha. Entre los generales de Darío, el más entendido era Memnon de Rodas. Este, desde el principio de la guerra, habia aconsejado á su rey no librar batalla ninguna, devastar el país para que el ejército de Alejandro no hallara subsistencias, y llevar la guerra á la misma Grecia. Este consejo no podia ser más oportuno. Los embajadores de Lacedemonia, de Atenas y de otras muchas ciudades solicitaban en la actualidad los auxilios de Darío para sacudir el yugo de los macedonios; á la aparicion de una flota persa, la Grecia en masa se sublevaria y la defenderia. Y en efecto, sin este auxilio, la sublevacion se verificó algunos

(1) Daniel, 5, 7.

(2) Daniel, v. 21.

(1) Daniel, 8.





años despues. La última palabra de Tebas halló eco. Invitados por Alejandro para celebrar la paz comun á todos los griegos, los tebanos exclamaron desde lo alto de una torre, que el que quisiera defender á los griegos y derrotar al tirano de la Grecia, que se uniera á ellos (1) y al gran rey. Sin embargo, el consejo de Memnon fué rechazado; los sátrapas persas quisieron librar batalla, y la perdieron sobre el Granico. Despues de esto Darío nombró á Memnon generalísimo de sus ejércitos de mar y tierra, con amplios poderes para llevar á cabo el plan que habia concebido. El éxito parecia seguro. Una circunstancia vino á favorecerlo además: Alejandro cayó mortalmente enfermo, pero recobró la salud; Memnon muere, y con él la fortuna de Darío.

Este príncipe, no encontrando persona que reemplazara al hombre que acababa de perder, se puso él al frente de su ejército. Parte de Babilonia con un ejército de seiscientos mil combatientes, entre los cuales habia treinta mil griegos, y acampa en las llanuras de la Cilicia. La eleccion del lugar era prudente. En él podia desplegar su inmenso ejército y envolver al de Alejandro, que se componia de sesenta mil hombres. Pero Alejandro, bien á causa de su enfermedad ó por otros motivos particulares, retardaba el avanzar. Los cortesanos de Darío creyeron desde luego que esto era miedo, y obligaron á su monarca á que fuera á su alcance hasta el estrecho paso formado por la Cilicia y el mar. Allí era donde precisamente le esperaba Alejandro. El crecido número de sus tropas era para Darío un motivo de embarazo y de confusion, mientras que, por el contrario, Alejandro podia maniobrar fácilmente con las suyas. La batalla se empeñó cerca de la ciudad de Issos. Habiendo Alejandro visto á Darío sobre su carro, se lanza rápidamente hácia él á la cabeza de sus caballeros escogidos; los más bravos persas se arrojaron delante de su rey; peleábase con encarnizamiento por una y otra parte; un monton de cadáveres se alzaba delante del carro; Alejandro tambien fué allí herido, y esta herida, segun un antiguo autor, fué producida por mano de Darío (2). Pero los caballos de este último, heridos á su vez, se encabritaron. Vióse precisado á subir sobre otro carro. Este incidente produjo una gran perturbacion, y fué el principio de una huida que despues se hizo general. Ciento diez mil asiáticos perecieron en la derrota, tanto por el hierro del enemigo como por el choque de unos y otros, cayendo muchos por esta confusion en precipicios.

Darío, perseguido siempre por Alejandro, se salvó á duras penas á una de caballo, dejando en su carro su escudo, su arco y su manto real. Todo el campamento fué tomado con inmensas riquezas. Entre los cautivos se encontraban las familias de los principales señores de Persia; pero sobre todo la madre de Darío, su mujer, sus dos hijas y su hijo muy joven. Todo el mundo sabe con

(1) Diod. Sic., l. 17, c. 9.  
(2) Plut., *Alex.*, núm. 20.

qué humanidad se condujo Alejandro con sus reales prisioneras; fueron tratadas con el mismo respeto y la misma magnificencia que en su palacio. Informado de esta noble conducta Darío, conmovido hasta derramar lágrimas, levantó las manos al cielo y le suplicó le conservase el imperio; ó bien, si habia de ser privado en absoluto de él, que al menos le concediese á Alejandro. Escribió á su vencedor para tratar de la paz, y ofrecerle un considerable rescate por su madre, su mujer y sus hijos. Alejandro respondió: Dirigios á mí como al dueño de toda el Asia, y recibiréis á vuestra madre, vuestra mujer, vuestros hijos, y todo lo que además me pidieréis. Si me disputais el imperio, permaneced en el campo de batalla para ventilar la querrela y no huyais. En cuanto á mí, iré á buscaros donde quiera que os encontréis (1). Darío le envió más tarde nuevos embajadores; le ofreció, con su amistad, una de sus hijas en matrimonio; por dote toda el Asia de acá del Eufrates, y por rescate de su familia diez mil talentos, más de cincuenta y cinco millones de pesetas. Si yo fuera Alejandro, dijo á este propósito Parmenion, uno de los ancianos generales macedónicos, aceptaria estos ofrecimientos. Y yo tambien, replicó Alejandro, si fuese Parmenion. En cuanto á los embajadores, les dijo que siendo dueño de todas las riquezas y de todas las posesiones de Darío, no tenia necesidad de que Darío le cediese una parte; que, si le agradaba, se casaria con la hija de Darío, aun cuando Darío no se la diese en matrimonio; que, en fin, si queria experimentar alguna generosidad de su parte, no tenia más que dirigirse á él mismo en persona (2). Despues de haber oido esta respuesta, Darío se preparó de nuevo á la guerra.

Alejandro continuó durante este tiempo sus conquistas. Partiendo de Issos ocupó la Siria y la Fenicia. Damasco le fué entregada por la traicion de su gobernador. Darío habra enviado allí, como en un lugar seguro, sus tesoros, sus concubinas y las mujeres de un gran número de señores persas. Entre ellas estaba la viuda de Memnon de Rodas, que Alejandro tomó por esposa algun tiempo despues. Sidon abrió sus puertas, Tiro cerró las suyas. Alejandro la sitió por espacio de siete meses. En este intervalo hizo excursiones por el Líbano y la Palestina. Todo se sometió. Tiro fué tomada despues de increíbles esfuerzos. El vencedor avanzó hácia el Egipto. Todas las ciudades que encontró en el camino se rindieron, á excepcion de Gaza, que fué tomada á viva fuerza despues de una heroica defensa.

Egipto no presentó ninguna resistencia. Alejandro fundó en él una ciudad, y le llamó de su nombre Alejandria. Penetró hasta los desiertos de Libia, para consultar el oráculo de Ammon. Despues, atravesando nuevamente Egipto, la Palestina, la Siria, pasó el Eufrates por Tapsaca, el Tigris cerca de las ruinas de la antigua Ninive, para unirse, en fin, á Darío

(1) Arriano, *Exped. Alex.*, l. 2, c. XIV.  
(2) Arriano, *Exped. Alex.*, c. XXV.



que le esperaba en la Asiria, no lejos de la ciudad de Arbela, á la cabeza de más de un millon de combatientes y de doscientos carros armados de hoces. Asombrados de esta multitud los generales macedónicos, aconsejaron á Alejandro que atacase de noche. Yo no quiero usurpar la victoria, dijo: despues dió sus órdenes y pasó la noche en un profundo sueño. La batalla se dió al dia siguiente.

Habiendo visto Alejandro á Darío sobre su carro y rodeado de sus tropas escogidas, se precipitó de nuevo hácia él con sus caballeros. La carniceria fué horrible. Alejandro lanzó su venablo hasta sobre Darío, erró el golpe, pero mató á su cochero que estaba al lado de él. Se extendió entre los persas la noticia de que el rey habia muerto; y este fué el principio de una derrota que arrastró bien pronto al mismo Darío (1). Alejandro le perseguia á todo trance, é iba quizá á alcanzarle, cuando fué llamado en auxilio de Parmenion, que, por su lado, se plegaba ante el gran número de bárbaros que le atacaban y veia ya en su poder el campamento de los griegos. Sobre el campo de batalla y en la huida, perecieron, segun Diodoro, más de noventa mil hombres; segun Arriano más de trescientos mil; además se hicieron innumerables prisioneros (2). Desde Arbela, Alejandro se dirigió á Babilonia, que le abrió sus puertas; á Susa, en donde Daniel habia visto sus triunfos dos siglos antes; á Persépolis, capital de la Persia propiamente dicha, en Pasargarda, donde estaba el panteon de Ciro y de sus sucesores. Desde aquí, y siguiendo la persecucion de Darío, vuela á Ecbatana, capital de la Media, y á Rajes, sobre la frontera opuesta del mismo país. Allí llega á saber que Beso, sátrapa de la Bactriana, acababa de hacer prisionero al infortunado Darío, y que le llevaba en pos de sí encadenado: precipita entonces Alejandro su marcha con la esperanza de salvarle, y haciendo de jornada ciento treinta y dos leguas, segun Plutarco, en ménos de once dias. Llegado á los confines de la Bactriana, apercibe á los lejos un carro, y sobre el carro un hombre lleno de heridas: este hombre era Darío, Beso acababa de darle muerte. Algunos instantes antes todavia respiraba; un soldado de la Macedonia le habia dado á beber agua en su casco. Sus últimas palabras fueron: El colmo de mis desgracias es recibir un beneficio y no poder manifestar mi reconocimiento; pero Alejandro os recompensará, y los dioses recompensarán tambien á Alejandro por su humanitaria conducta para con mi madre, mi mujer y mis hijos: yo le doy mi mano ofreciéndosla á vosotros. Y tomando la mano del soldado espiró. Alejandro le lloró, le envolvió en su manto, y mandó que se le hicieran los funerales propios de un rey. Darío dejaba un hermano; Alejandro le tomó en el número de sus amigos, á quien entregó más tarde el traidor Beso.

Alejandro continuó la obra de sus victorias y conquistas, subyugó la Hircania, sobre el

(1) Diod., l. 17, c. LX.  
(2) Diod., l. 17, c. LXI; Arriano, l. 3, n. 15.

Mar Caspio, la Partia, la Bactriana y la Sogdiana; penetró hasta el país de los escites y entró en la India, apoderándose por la fuerza de un gran número de ciudades, y fundó otras muchas, pasó el gran rio de Indo, conquistó del otro lado de este rio muchos otros lugares, derrotó al rey de la India Poro, y encantado este por su valor y grandeza de alma, no solamente le entregó sus Estados, sino que les aumentó con varias provincias.

Estaba para atravesar la India, pasando del otro lado del Ganges hasta la China; pero sus soldados rehusaron seguirle más adelante. Bajó el Indo hasta el Océano: allí es donde los griegos vieron por primera vez el flujo y reflujo del mar.

Desde las embocaduras del Indo volvió por tierra á Pasargarda y Persépolis, en tanto que su escuadra seguia á lo largo de las costas del Indo, hácia el Eufrates. En todas estas expediciones no hacia él ménos de soldado que de general. Él fué el primero que empezó el asalto en una ciudad de la India, y habiéndose roto las escalas, quedó solo en la muralla; por largo tiempo se estuvo defendiendo contra toda la guarnicion. Estaba para sucumbir de una herida grave que allí recibió, cuando sus soldados se apoderaron de la ciudad. Lleno así de gloria y de riquezas, entró triunfante en el centro de su vasto imperio. Llegado á Susa, se casó con Estatira, hija mayor de Darío, é hizo que otras princesas de la Persia se casaran con los generales de su ejército, para unir así más intimamente á los dos pueblos. Su entrada en Babilonia sobrepujó á todo lo que de más magnifico y grandioso se habia conocido hasta entonces. Él iba á la cabeza de su ejército victorioso; toda la poblacion habia salido á su encuentro; todo respiraba alegría y entusiasmo; los embajadores de Asia, de Europa y de Africa le esperaban con coronas de oro para felicitarle por sus numerosos triunfos; el eco de su nombre habia resonado hasta en las regiones más apartadas. Su corazon era todavia mayor que las conquistas que llevaba hechas; estaba proyectando bajar con su ejército y su escuadra hasta las embocaduras del Eufrates, dar la vuelta al Asia, á la Etiopia y al Africa, entrar por el estrecho de Gibraltar al Mediterráneo, conquistar á Cartago y la Libia, penetrar despues en el Helesponto al Mar Negro, explorando sus costas, ver si no estaba en comunicacion con el Caspio y este con el Mar de las Indias; como se creia entonces. Su pasion era, no solamente ser conocido, sino conocer. Todo estaba preparado para esta expedicion gigantesca, cuando cayó enfermo y murió á la edad de treinta y dos años.

«Y el macho de cabrio se hizo muy grande; y cuando hubo crecido, fué quebrada la asta grande y nacieron cuatro astas debajo de ella, hácia los cuatro vientos del cielo.» Esto habia dicho el profeta Daniel (1).

Y despues de haber vivido como un héroe, murió Alejandro como embriagado. Su última enfermedad fué el efecto de su intemperancia.

(1) Daniel, s. 8.